

NUEVO CEMENTERIO MUNICIPAL DE CASTELLNOU DE BAGES (BARCELONA, ESPAÑA)

(NEW MUNICIPAL CEMETERY AT CASTELLNOU DE BAGES. BARCELONA, SPAIN)

Antoni Gonzalez Moreno-Navarro, Arquitecto
Jefe del Servicio de Patrimonio Arquitectónico Local de la Diputación de Barcelona)

Fecha de recepción: 28-IX-2000
128-79

ESPAÑA

RESUMEN

El milenario pueblo de Castellnou de Bages, cabeza de un municipio de 500 habitantes diseminados en casas de labor o nuevas urbanizaciones, está casi deshabitado. El Ayuntamiento quiere revitalizarlo potenciando sus valores históricos y sus espacios públicos. La remodelación del viejo cementerio, contiguo a la plaza, forma parte de esta estrategia. Se decidió construir un nuevo camposanto aprovechando las vecinas ruinas de la vieja rectoría (un edificio cuyo origen se remonta al siglo X), incendiadas en 1936 y abandonadas desde entonces. De esta manera se salvaron los restos, y sus valores documentales y sentimentales han sido transferidos al nuevo equipamiento.

SUMMARY

The thousand-year-old town of Castellnou de Bages, the centre of a municipality with 500 inhabitants living scattered about in farmhouses and housing developments, is virtually deserted. The town council wants to revitalise it by promoting its historical importance and its public spaces. The remodelling of the old cemetery, next to the square, is part of this strategy. The decision was taken to establish a new cemetery using the neighbouring ruins of the old rectoría, a building that dates back to the 10th century, which was set on fire in 1936 and has remained abandoned ever since. This approach has meant that the remains of the rectoría have been safeguarded and their sentimental value, as well as their importance as evidence of history, have been transferred to the new site.

El municipio de Castellnou de Bages, de la provincia de Barcelona, se halla en la zona central de Cataluña, al norte de Manresa, la capital de la comarca del Bages, y no lejos de Montserrat, la montaña sagrada o mágica para los catalanes. Su territorio, relativamente pequeño (algo más de 29 km²) se extiende entre las cuencas de los ríos Llobregat y Cardener. Los bosques de pinos, mezclados con algunos encinares y robledas, cubrían, antes de los últimos incendios, el 80% del suelo.

El asentamiento humano en ese territorio, estrechamente relacionado con la agricultura, se hizo desde siempre en masías diseminadas (muchas de las aún conservadas son de origen medieval), o en pequeños núcleos. En el término habitaban 104 personas en 1718; eran 338 en 1860 y en 1970, como consecuencia de la crisis agraria, tan sólo 81. Hoy, los habitantes censados en Castellnou de Bages son ya cerca de 550, pero la mayor parte de ellos residen en casas unifamiliares, en algunas de las tres urbanizaciones creadas a partir de 1967.

Origen e historia del municipio

A principios del siglo IX, el territorio del actual término de Castellnou estaba bajo el dominio del Imperio Carolingio y formaba parte de la Marca Hispánica, la zona fronteriza entre los condados cristianos y el emirato de Córdoba. En la segunda mitad del siglo se implantó allí progresivamente el sistema feudal. La primera noticia directa del territorio, conocido entonces como *Buco* o *Bugo*, es del año 952, cuando se encontraba bajo la jurisdicción del castillo de Or. Este castillo fue destruido en una de las frecuentes incursiones que a lo largo del siglo X hicieron en suelo condal las tropas del ya califato cordobés, posiblemente en una, mandada por Almanzor, entre el 978 y el 999. Debió de ser entonces cuando el lugar pasó a depender de un nuevo castillo, el de Buc, citado en los documentos a partir del año 1001.

Según parecen confirmar los estudios arqueológicos recientes, este castillo se edificó al lado de una iglesia, citada ya en un documento del 981 bajo la advocación de Santa María y,

junto a ellos, nació el núcleo de Castellnou ("castillo nuevo"). Aquella iglesia, que aparece ya como parroquia en un documento de 1032 bajo la advocación de San Andrés, fue reconstruida en románico lombardo en el siglo XI. En ese mismo siglo se construyó a unos dos kilómetros de la iglesia, la torre cilíndrica conocida como "Torre de Castellnou", que algunos tratadistas identifican, a nuestro juicio erróneamente, dada esa distancia, con el nuevo castillo que diera origen al pueblo y al topónimo. Desde 1246, y hasta principios del siglo XIX, todo el término estaría bajo la jurisdicción de los obispos de Vic, iniciándose entonces la etapa municipal que llega hasta nuestros días.

Del siglo XX hay que destacar dos hechos por su significación para el municipio y su protagonismo en el proyecto que aquí presentamos. El primero, el incendio de la iglesia parroquial y la casa rectoral vecina en 1936, a consecuencia de la reacción popular desencadenada por el golpe militar contra el legítimo gobierno del Estado, reacción que tantos daños innecesarios iba a producir en nuestro patrimonio monumental. En el asalto de la iglesia y la casa rectoral se perdieron objetos de arte y fueron destruidos muchos documentos, incluidos los archivos parroquiales. La casa rectoral, arruinada, se daría por perdida y en tal condición llegaría a nuestros días.

En segundo lugar, la muerte en Castellnou, el 7 de agosto de 1963, de Ramon Vila Capdevila (conocido como "Maroto" o "Caraquemada"), abatido por la Guardia Civil en las cercanías de una masía abandonada del término. Ramon Vila, nacido el 2 de abril de 1908 en Peguera, un pequeño pueblo de la vecina comarca de Berga, antiguo militante anarquista y héroe de la resistencia francesa, fue miembro destacado del maquis catalán y actuó preferentemente en la zona central del país, donde se halla Castellnou. La guerrilla antifranquista, activa en Cataluña durante veinte años, acabó con la muerte de Caraquemada, considerado por ello por los tratadistas como el último maquis catalán.

Pocos años antes de este suceso, hacia 1958, el alcalde y el cura de Castellnou solicitaron a la Diputación ayuda técnica y económica para restaurar la iglesia dañada durante la guerra civil. Pero tuvieron que pasar 17 años para que se redactara el primer proyecto. Siguiendo los criterios entonces vigentes, las obras (realizadas entre 1975 y 1977) se centraron en la recuperación de la volumetría románica original, eliminando los recrecidos y derribando una sacristía edificada el siglo XVI en el lugar del ábside sur, que fue reconstruido. En 1982 la Diputación realizó otras obras puntuales y en 1993, el nuevo alcalde solicitó ayudas adicionales para completar la restauración y adecuar el entorno, especialmente el cementerio.

El pueblo de Castellnou

El núcleo antiguo de Castellnou tiene ya poco que ver con aquel antiguo caserío medieval que creció junto a la iglesia y el castillo. De hecho, ha dejado de ser pueblo. Se trata de un conjunto de casas "rehabilitadas" con criterios costumbristas,

propiedad de una congregación religiosa, la Sociedad de San Francisco de Sales ("los salesianos"), que las utiliza como casas de vacaciones infantiles, que cuando están desocupadas adopta un aire mortecino de decorado en desuso. Sólo una familia, la que cuida de las instalaciones, habita de manera permanente en el lugar.

Junto a ese conjunto se halla la nueva casa consistorial, un edificio de contundente más que rotundo volumen, afrentado más que afrontado a la antigua iglesia parroquial, separados ambos edificios por un espacio que quisiera ser plaza, al que asoman las ruinas de la casa rectoral. Detrás de la iglesia, hasta el año 1999, se ubicó el cementerio que pidió remodelar el Ayuntamiento, que agredía visualmente a la cabecera del templo.

En su escrito de 1993, el alcalde anunciaba el inicio de gestiones ante el Obispado de Vic para que, a cambio de la restauración de la iglesia, cediese al pueblo algunos terrenos contiguos a ella, lo que "resultaría muy beneficioso", decía, "para el desarrollo del municipio". Efectivamente, la iniciativa municipal pretendía mucho más que la mera restauración de un edificio histórico o el adecentamiento de su entorno. Perseguía desencadenar un proceso de transformación del municipio que permitiera replantear el papel de las nuevas urbanizaciones y el del antiguo núcleo, de forma que éste recuperara su condición de auténtico pueblo (con tejido residencial nuevo, por lo tanto) y de auténtico centro, con servicios y espacios públicos capaces de asumir esa centralidad. La restauración de la iglesia y la remodelación del cementerio debían jugar un papel esencial en esa estrategia, pero no sólo por permitir la cesión de los terrenos a cambio, sino porque debían ser el motor de la recuperación física y ambiental del conjunto.

Ni que decir tiene que para nosotros la petición, planteada así, nos ofrecía un incentivo mucho mayor. Una vez más (como antes ocurrió en otros municipios, Malla, por ejemplo), íbamos a tener la oportunidad de dar a la actuación en los monumentos una dimensión profundamente comunitaria. Una vez más, una actuación sobre el patrimonio histórico podía ser el desencadenante de un proceso de regeneración de un entramado histórico, arquitectónico, urbanístico y social.

Tras la firma del convenio entre Ayuntamiento y Obispado, fuimos avanzado en todos los frentes: la restauración de la iglesia (se realizó un anteproyecto, se reparó el campanario y, más tarde, la cubierta y la cabecera); la ordenación del núcleo (se redactaron unas normas subsidiarias que permiten la reordenación del espacio y un razonable y respetuoso crecimiento residencial) y la creación de un nuevo cementerio municipal en sustitución del parroquial.

Planteamiento de la actuación

Siguiendo uno de los principios estructurantes de nuestro método de trabajo, los estudios iniciales de conocimiento del

lugar se plantearon en paralelo a unos tanteos sobre posibles soluciones proyectivas. No podemos olvidar que, si bien es cierto que el conocimiento histórico de un lugar como éste puede condicionar los planteamientos proyectivos, también lo es que las hipótesis de proyecto pueden sugerir el rumbo de las investigaciones.

Los primeros tanteos sobre la ubicación del nuevo cementerio consideraban aprovechar el lugar del antiguo, ampliándolo. Pero esta alternativa planteaba conflictos. En primer lugar, el Ayuntamiento era partidario de que la cabecera románica de la iglesia -hasta entonces semioculta por el cuerpo de nichos- quedara totalmente libre, visible desde el espacio público circundante, y ello no hubiera sido posible de mantener el cementerio junto a ella. Por otra parte, ese lugar era, lógicamente, donde más inhumaciones se habían realizado entre los siglos X y XX, y fuera cual fuera el proyecto de nuevo cementerio, las obras hubieran obligado a remover gran parte del terreno, lo que hubiera supuesto una exhumación masiva y los estudios antropológicos correspondientes, operación de relativo interés científico en este caso y de elevado coste.

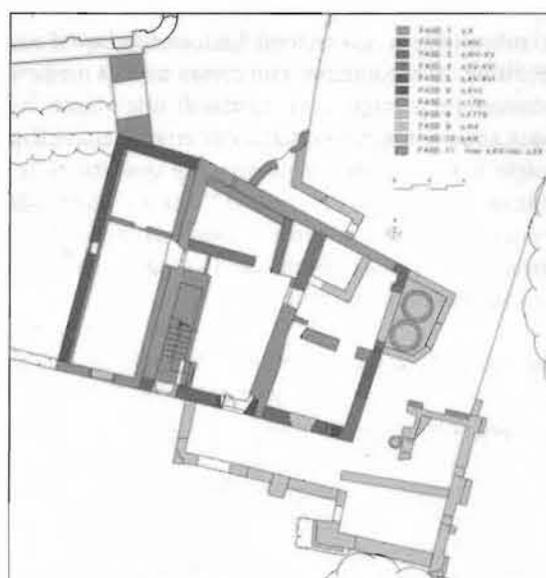
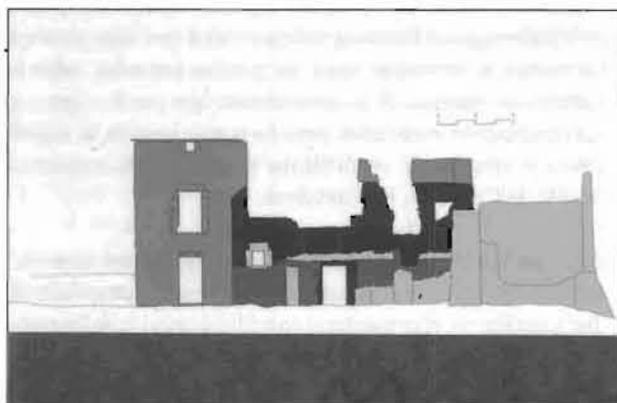
Con la misma intención de tantear soluciones, inquirimos al alcalde qué pensaba el Ayuntamiento con respecto al entorno de la iglesia, dónde y cómo se imaginaban la situación del cementerio o qué querían hacer con aquellas ruinas vecinas a la iglesia, prácticamente cubiertas por escombros y maleza en aquel momento. La verdad es que aún no habían reflexionado sobre todo aquello y, en el caso de las ruinas, no mostraron especial afecto por ellas, transmitiéndonos la opinión del arquitecto que les asesoraba: las ruinas eran tales, había venido a decir, y, como tales, peligrosas; debían ser derribadas y, sobre los escombros, podía construirse una plaza.

Creo que fue nuestra sorpresa ante esta respuesta la que reforzó nuestro interés por profundizar el conocimiento que poco a poco íbamos teniendo de aquellas ruinas, hasta entonces no tenidas en cuenta como escenario del proyecto. El conocimiento de su historia y el conocimiento de los sentimientos que pudieran aún despertar, ocultos tras una capa de escepticismo que se nos antojó superficial. Y así fue como, por las dificultades del emplazamiento del cementerio antiguo para edificar sobre él el nuevo y por la curiosidad e

interés sobre las vecinas ruinas que se nos despertó, nos decidimos a explorar las posibilidades de utilizarlas para ubicar el nuevo camposanto. (Pensamos, por otra parte, que alejarnos un poco del templo facilitaría la explicitación del carácter municipal, no confesional, que deseábamos para ese nuevo camposanto). En consecuencia, los estudios previos y paralelos que estábamos haciendo o programando (la investigación histórica, el análisis constructivo y el análisis emotivo y significativo) se encaminaron preferentemente hacia las ruinas. Los resultados iniciales de este último análisis fueron clarificadores: a medida que nos interesábamos por las ruinas, la aparente resignación inicial de los lugareños ante su anunciado derribo, se volvía, cuanto menos, curiosidad por lo que pudiéramos plantear.

Los estudios históricos

Los estudios históricos relativos a la antigua casa rectoral arruinada se desarrollaron en dos vertientes. Por una parte, se consultó la documentación escrita, tanto la publicada como la inédita, depositada ésta sobre todo en el Archivo Episcopal de Vic; por otra, se hicieron estudios arqueológicos. La exploración se planteó inicialmente, más que como una excavación, como una operación de desescombro y limpieza con seguimiento arqueológico, lo que permitió reconocer los diversos espacios, cuya funcionalidad se iría definiendo con el testimonio de quienes habían conocido el edificio antes de la Guerra Civil, y elementos constructivos hasta entonces ocultos (como pavimentos en servicio en 1936, muchos de ellos antiguos, y la mayor parte de piedra, relativamente bien conservados gracias a la capa de escombros que los habían protegido durante casi sesenta años, o el arco gótico que sería más tarde recuperado y puesto en valor). Se pudo así ir tomando datos sobre la realidad geométrica actual del edificio y, mediante la técnica denominada lectura de paramentos, ir interpretando las diferentes fases aparentes en los muros, que serían agrupadas gráficamente en once etapas cronológicas.



Alzado y planta de las diferentes fases constructivas agrupadas en once etapas, de acuerdo con los resultados de la técnica de lectura de paramentos.

Posteriormente se realizaron excavaciones arqueológicas, circunscritas a determinados puntos del edificio (el subsuelo de la crujía principal, la cimentación de los muros más antiguos, los riñones de las bóvedas), que podían aportar información valiosa y ratificar las hipótesis de la lectura vertical. El hallazgo más notable fue la identificación de los restos de dos muros de *opus spicatum* (aparejo de piedras colocadas en ángulo, a manera de espiga o espina de pez), de una altura máxima conservada de dos metros y medio, que pusieron de manifiesto la antigüedad del edificio original, confirmada como del siglo X por los sondeos. Corresponden a una construcción de planta cuadrangular de las que, en época medieval, se conocían como *sala*. La presencia de estos muros avala el resultado de la investigación histórica en el sentido de que el edificio fue en su origen el "castillo nuevo" de Castellnou, cuando el pueblo todavía se llamaba Buc.

La cerámica catalana en verde y manganeso permitió datar en el siglo XIV la segunda fase del edificio, cuando su planta adoptó la configuración actual y los muros se sobrealzaron con mampostería de piedra local. Debió de ser entonces cuando el primitivo castillo, cuyas funciones jurisdiccionales ya habían sido transferidas, se transformó en rectoría, referenciada documentalmente por primera vez en 1425. Otros fragmentos de cerámica (valenciana de reflejo metálico y verde, así como otras decoradas en azul, de Manises y Paterna o Barcelona, producidas entre los siglos XIV y XIX) y unas monedas ayudaron a fechar las fases constructivas posteriores (la del siglo XVIII, puesta de manifiesto en los dinteles de ventanas y puertas). La construcción de la planta alta, de tapia, se situó en el siglo XVII, quizá en 1671, cuando las naves laterales de la iglesia se sobrealzaron para formar desvanes y se construyó el pasadizo sobre un arco para comunicarlas con la rectoría, que ha llegado a nuestros días parcialmente conservado. Las bóvedas de cañón de la rectoría y la escalera, elementos conservados hasta hoy, se fecharon hacia 1721, fecha que consta en el dintel de la balconera de la fachada meridional, reconstruida entonces.

En el subsuelo de la casa rectoral, básicamente bajo el cuerpo de poniente, se encontraron numerosas tumbas medievales del cementerio parroquial, orientadas de este a oeste, la más antigua, antropomorfa, recortada en el terreno natural, datable del siglo X. Como hallazgo curioso hay que citar el de una pistola del calibre 6,35 del modelo "Victoria", fabricada en Guernica el segundo o tercer decenio del siglo XX, que apareció en el estrato identificado como el hundimiento provocado por el incendio de 1936.

El conocimiento histórico de los restos permitió valorar la importancia absoluta y relativa de cada elemento constructivo, lo que, junto a las hipótesis proyectivas que se planteaban, permitió decidir sobre su desmontaje o conservación. Otra consecuencia del estudio histórico, de cuyas conclusiones se informaba al Ayuntamiento, fue el afloramiento de sentimientos colectivos por las ruinas. Descubrimos así que su memoria (el recuerdo de sus significados) estaba viva aún



Interpretación del incendio de la rectoría y la iglesia en 1936. Infografía. Jordi Grabau.

entre las gentes del lugar; entre quienes habían compartido con ellas sus últimos años en activo, incluso su deterioro o final, o quienes habían oído explicarlo a sus mayores. Ello motivó que tomáramos la decisión definitiva de utilizarlas para ubicar el cementerio: de usufructuar sus valores formales y, sobre todo, sus valores sentimentales, en beneficio del nuevo cementerio.

Las imágenes del proyecto

Decidida la reutilización de las ruinas, se empezó el proyecto definitivo que, como es habitual en nuestro método de trabajo, se planteó como un proceso. Un proceso que se basa en la formulación de imágenes y su contraste con la realidad física y la historia del lugar, con el programa solicitado y con las múltiples circunstancias y condicionantes de la actuación, imágenes que se van conformando mediante la reflexión y el diálogo.

El punto de partida fue el recuerdo de otros cementerios situados en ruinas. Recordamos algunos andaluces, como el de Villaluenga del Rosario, en la provincia de Cádiz, en el que los nichos se arrebujan entre las piedras sagradas, entre las estructuras ruinosas de un monumento que perdió alguna de sus condiciones esenciales, pero no la más sentida, la significativa o emotiva. Y recordamos el cementerio roquero de la villa de Comillas, en Cantabria.

Encaramado en lo alto del llamado "cerro de los muertos", desde el que se divisa el pueblo y una panorámica infinita del mar Cantábrico, el cementerio comillano aprovecha las ruinas de un edificio religioso de época gótica, entre las que se sitúan los grupos de nichos sin más orden que el que les confiere la propia ruina y a cuyo alrededor se esparcen los panteones. En

1893, el arquitecto catalán Lluís Domènech i Montaner proyectó un nuevo y bello cerramiento perimetral del recinto sagrado, una nueva y sugerente puerta y, tras ella, en lo alto de la esquina del cuerpo más alto, dispuso un ángel obrado por el cincel de otro modernista catalán, el escultor Josep Llimona.

Aparte de esas imágenes más globales referentes a la relación cementerio-ruina, recordamos otras, más de detalle. En cuanto a la relación del cementerio y su entorno, algunas tradicionales, incorporadas ya a la imaginería colectiva y, por lo tanto, irrenunciables: en primer lugar, el muro. El elemento que separa el espacio interno, el de los difuntos (o el de los vivos que se recogen en él para honrar la memoria de aquéllos) del espacio exterior; que aísla el espacio del silencio del espacio del trajín cotidiano. También el ciprés, cargado de belleza y simbología, signo por excelencia de los mensajes de aquel espacio interno del silencio y signo también de acogida y hospitalidad hacia quienes vayan a pasearse en él; un signo que, asomando sobre el muro, invita a unir los dos espacios, el interno y el externo.

Y, por último, la relación entre el cementerio y el paisaje: una relación mágica en tantos camposantos (como el ya citado de Comillas, o el de la villa de Monsaraz, en el Alentejo portu-

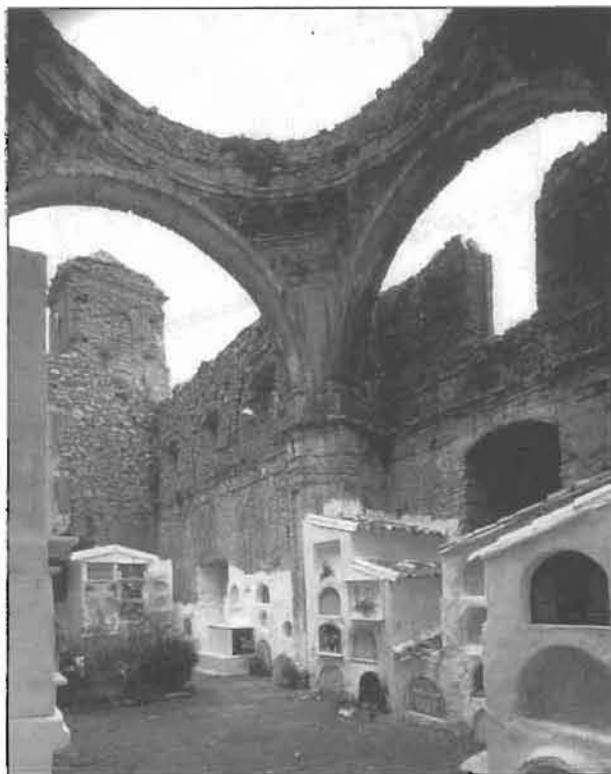
gués, el de Deià, en Mallorca, o el de Meano, en la Navarra riojana, del que el proyecto definitivo de Castellnou tendría una referencia directa). Una relación que quisimos aportar a nuestro cementerio. Aunque en Castellnou el paisaje no alcance valores visuales espectaculares, nos pareció que los valores simbólicos (como la vista lejana del perfil de la montaña de Montserrat, el punto de referencia geográfico y sentimental de la mayoría de catalanes) o la relación espacial entre el recinto acotado y el entorno inmediato debían ser tenidos en cuenta en el proyecto.

El tratamiento de la ruina

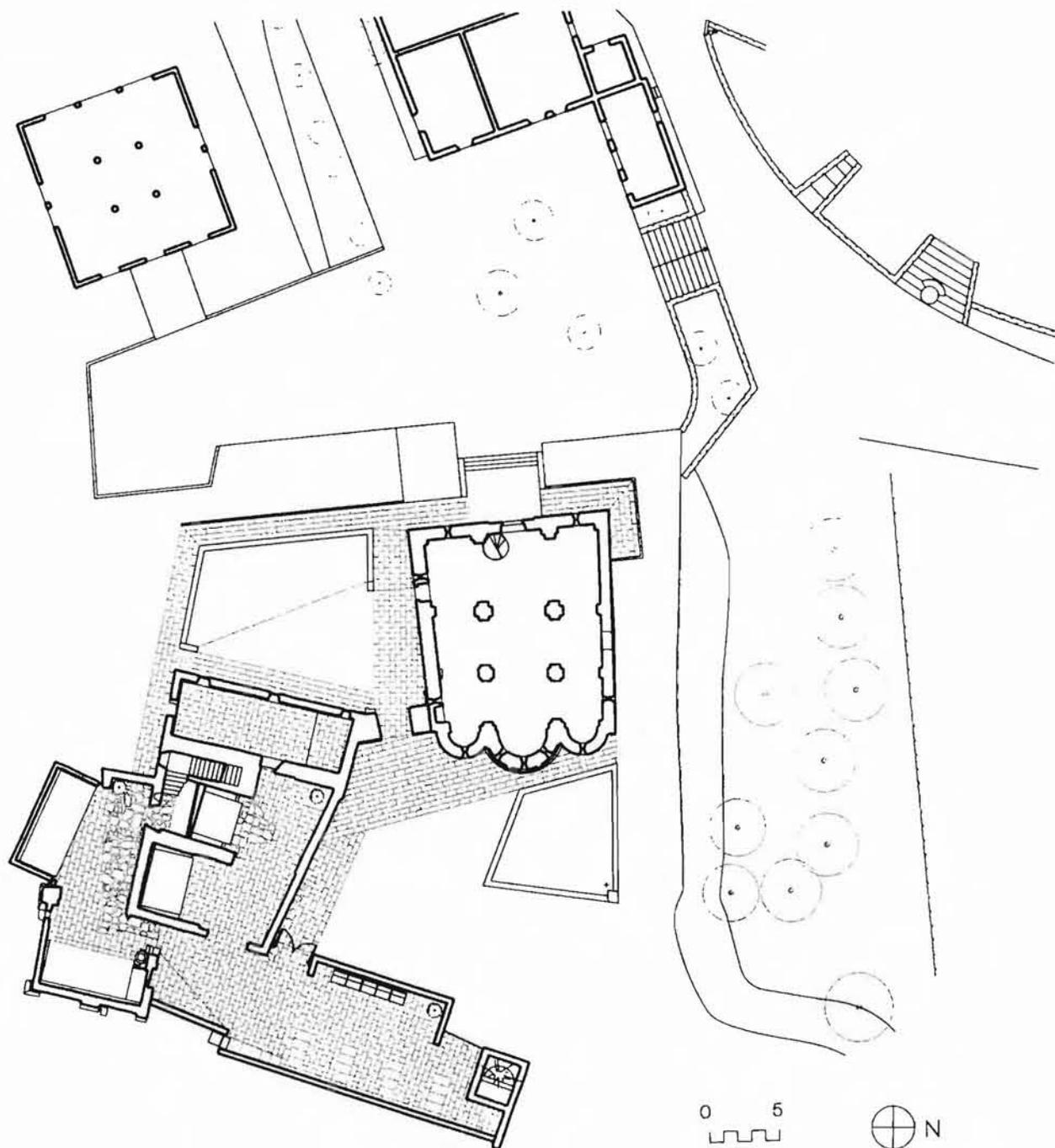
En cuanto al tratamiento de la ruina, pensamos que no cabía ni la recreación historicista ni el abandono pseudorromántico, como ocurre en aquellos casos en que, una vez determinado el objetivo que se persigue con la conservación (bien la transmisión de un mensaje documental, como en el caso, por ejemplo, de la Villa Adriana de Tívoli, bien la apropiación y explotación de unos valores simbólicos y sentimentales, como en nuestro caso), los restos deben ser consolidados de la manera más eficaz para asegurar ese objetivo perseguido; es decir, de la manera más eficaz para garantizar su capacidad de testimoniar o evocar unos hechos, de trasladar unas emociones.



El cementerio de Comillas (Cantabria, España), en las ruinas góticas remodeladas por Lluís Domènech i Montaner, presidido por el ángel esculpido por Josep Llimona. Foto: A. González, 1971.



El cementerio de Villaluenga del Rosario, en la provincia de Cádiz. Foto: Instituto Andaluz del Patrimonio Histórico.



Cementerio e iglesia de Castellnou. Planta general. Dibujos: Txetxu Sanz/Maite Gómez.

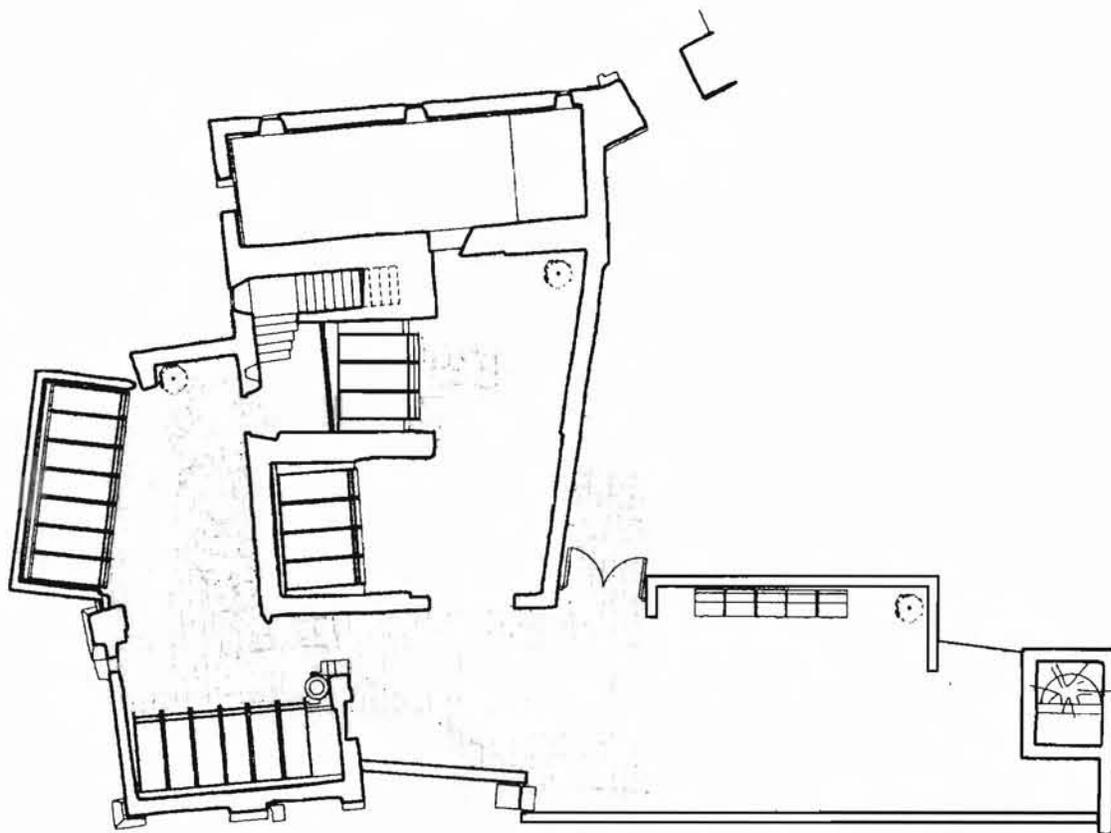
Debíamos, por lo tanto, no reinventar ni modificar caprichosamente la ruina, pero tampoco sacralizarla. Optamos por una conservación crítica y manipularla (es decir, operar en ella con las manos) mediante procedimientos que la disciplina de la restauración ha ensayado con éxito a lo largo de la historia (cómo olvidar las murallas de nuestra ciudad, Barcelona, por ejemplo). El primer paso, previo a la concreción del proyecto definitivo, fue reintegrar las lagunas de los muros de piedra también con piedra, aunque de distintos tamaño y aparejo.

La idea de llenar las lagunas con piedra propiciaría después el criterio general de la obra. Se decidió utilizar únicamente

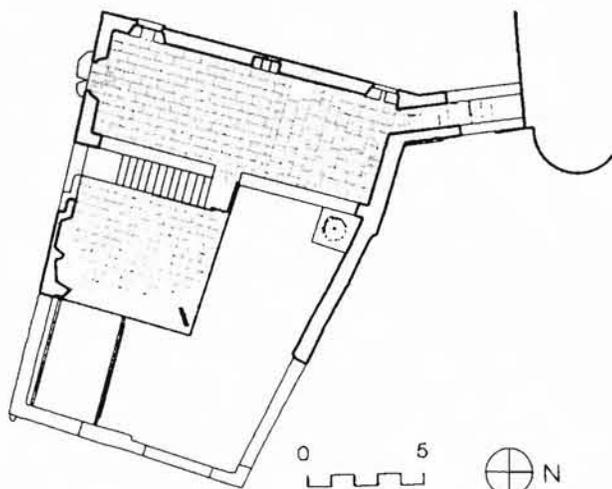
piedra, a ser posible extraída de la propia ruina (que actuaría así como cantera de sí misma) y, cuando se agotara, piedra traída de otros rincones del propio municipio. Y el tipo de piedra, su tamaño y colocación expresarían el carácter del lienzo correspondiente: cerramiento de lagunas, muro restaurado o muro nuevo, de nueva planta.

Las sepulturas

Desde un principio, por su arraigo y su menor coste, se creyó que el tipo de sepultura más adecuado era el nicho, de tanta tradición en España desde el siglo XIX. El problema que se



Planta nivel terreno.



Planta segundo nivel.

planteó fue, nuevamente, de imagen. Los nichos de nuestros camposantos (como los del cementerio parroquial de Castellnou que tratábamos de substituir) están concebidos también como expositores de ofrendas, a través de las que los familiares expresan el aprecio y respeto que su ser querido les

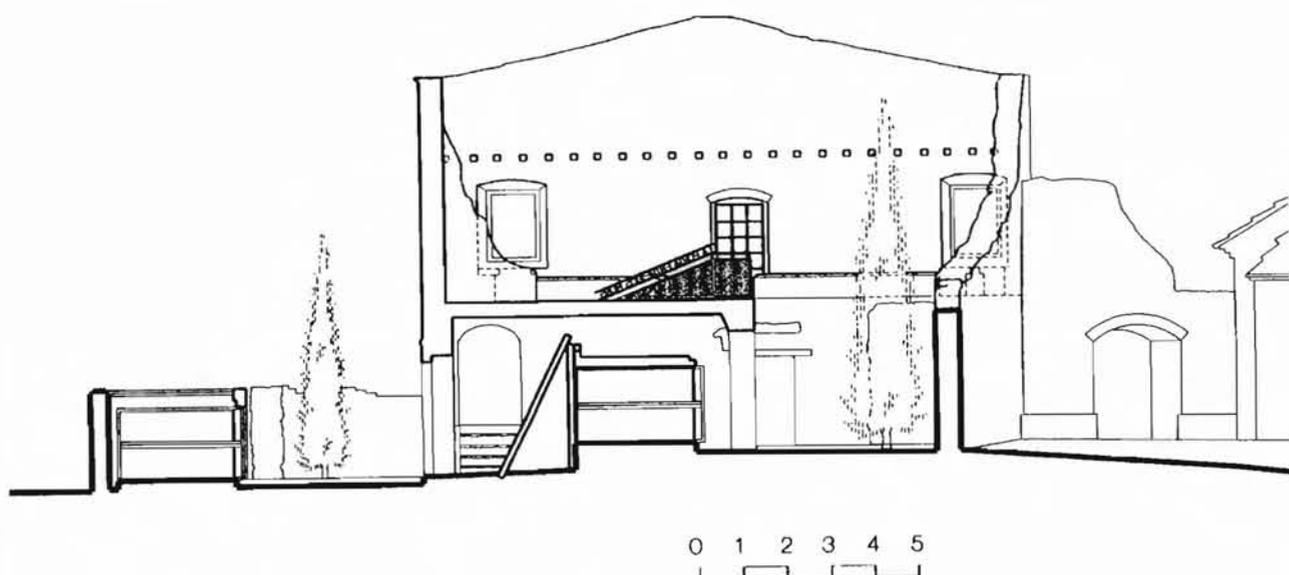
merece. (Los cementerios, más que para los muertos, se construyen para los vivos, un principio esencial para proyectar tanto la concepción general como todos los detalles de un cementerio.)

Para proteger sus ofrendas (de por sí variadas, en función de creencias y gustos), las familias acostumbran a duplicar los cerramientos de los nichos con cerramientos de vidrio, las más de las veces realizados cada uno a su manera, lo que produce en el conjunto un desorden contradictorio con el ambiente que se presume debe tener un camposanto. La solución ha consistido a menudo en restar a los nichos ese carácter expositivo (con lo que pueden asociar su imagen a la de los depósitos de las morgues) o en pautar cómo debe manifestarse ese carácter, privando a las familias de sus costumbres.

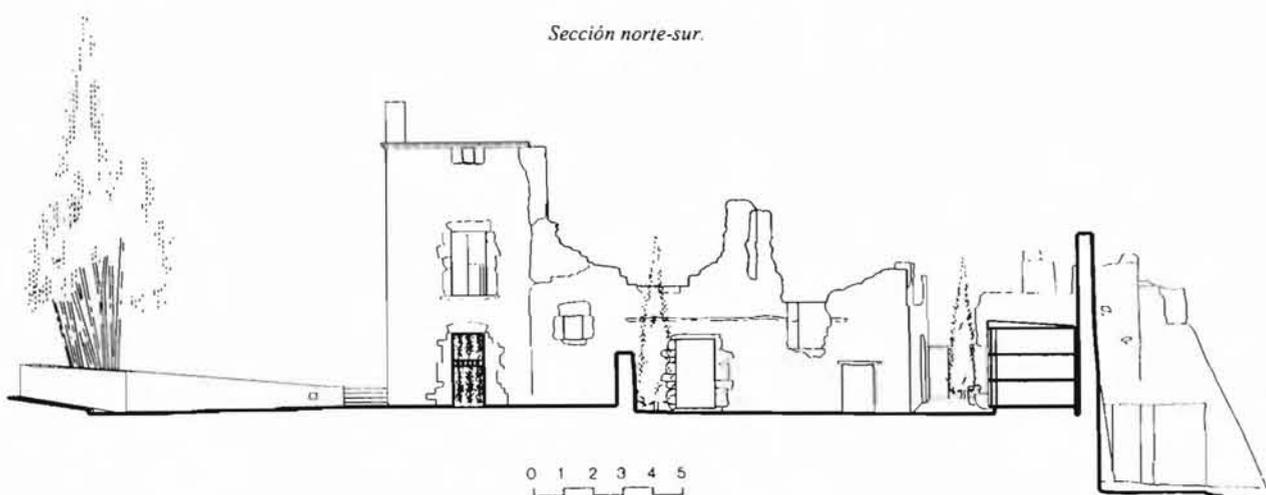
En nuestro cementerio pretendíamos el orden, y, en lo posible, la belleza, pero sin obligar a nadie a renunciar a sus maneras de hacer; tratamos de compaginar la armonía del conjunto (mediante cerramientos unificados de acero inoxidable y vidrio laminar transparente) con la libertad de cada familia para exponer tras ellos sus ofrendas (flores, fotografías, imágenes, etc.) de acuerdo con sus costumbres o creencias,



Sección este-oeste.



Sección norte-sur.



Sección-alzado sur.



Vista general desde el nordeste. Foto: Monserrat Baldomà (MBS).



El muro exterior. A la derecha, la iglesia románica de Sant Andreu. Foto: MBS, 1999.



Vista del conjunto desde el sudeste. En el centro, la gárgola de mármol blanco. Foto: MBS, 2000.



Vista del conjunto desde el sur. En el centro, el monolito. Foto: MBS, 2000.



Vista del conjunto desde el sudoeste. Tras el balcón del segundo piso, la escultura de mármol blanco. Foto: MBS, 1999.

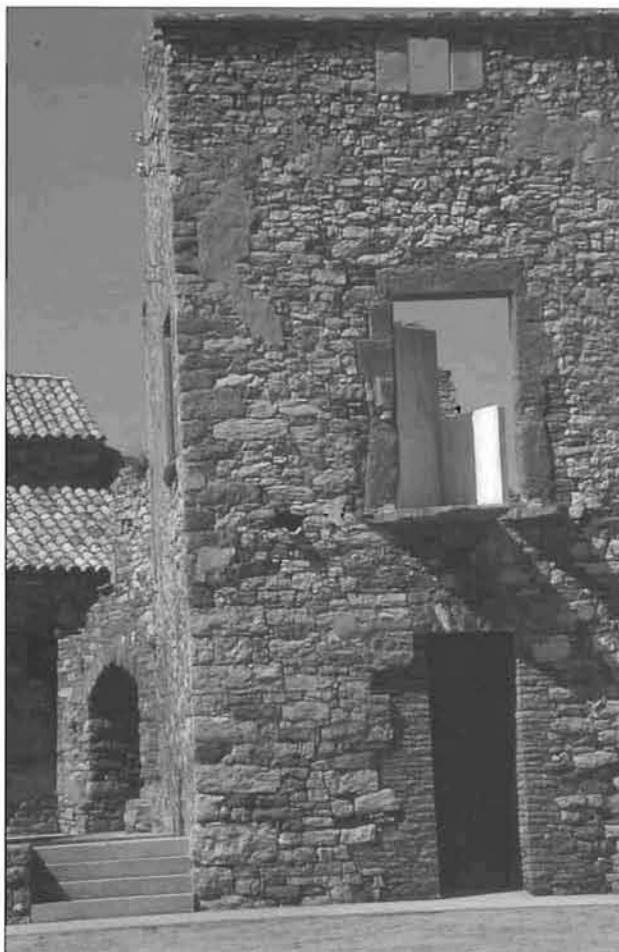
pudiendo elegir también ellas el material, el color y la grafía de la lápida.

Otro aspecto decisivo para concretar el proyecto fue decidir qué hacer con los restos de Ramon Vila Capdevila,

Caraquemada. Cuando empezamos a actuar en Castellnou, la presencia de la tumba del maquis en el cementerio del pueblo era conocida por pocas personas fuera de la comarca: allegados ideológicos, historiadores y diletantes de la historia local. Pero en los últimos años se había extendido: incluso las guías



Las lagunas consolidadas con piedra. Foto: MBS, 1999.



Detalle de la fachada sur. Entrada al museo y balcón con la escultura de Domingo García-Pozuelo. Foto: A. González, 2000.



Conjunto visto desde el norte. Foto: MBS, 2000.



La plaza de levante con los enterramientos en fosa. Al fondo, la torrelagar que contiene la sepultura colectiva y los restos de "Caraquemada" Foto: MBS, 2000.

turísticas la citaban ya como atractivo del municipio y algunas entidades anarquistas habían empezado en 1998 a organizar marchas o concentraciones reivindicativas y de homenaje en el cementerio de Castellnou. Se daba la circunstancia, además, de que el lugar donde fuera enterrado Caraquemada en 1963 (a los pies de la fachada de poniente de la antigua casa rectoral) estaba ahora fuera del recinto cercado y a una cota que debía

ser rebajada para permitir la correcta evacuación de las aguas pluviales de aquel sector, que iba a convertirse en espacio público.

Todo ello motivó que expusiéramos al Ayuntamiento la conveniencia de dar a Ramon Vila una sepultura correcta, digna de su condición humana y de quienes quisieran visitarla.



La plaza de levante vista hacia mediodía. Foto: MBS, 2000.



El monolito negro de proporciones 1:4:9, de Clark y Kubrick, símbolo moderno de lo desconocido. Foto: MBS, 1999.

No era una propuesta exenta de polémica. La figura de Caraquemada no pertenece aún a la historia desapasionada. Sigue siendo héroe para unos, pero bandido para otros. Fue quizá el problema más complejo que debió resolver el proyecto. Finalmente se aceptó la idea de utilizar los restos de un antiguo lagar, convenientemente acondicionados, pero sin perder su imagen ni la vegetación que emerge de su interior. En aquel espacio fueron depositados los restos humanos hallados, exhumados y estudiados en el curso de las excavaciones

arqueológicas, por respeto y homenaje a aquellos individuos anónimos -cuyos restos, tantos siglos después prestan su colaboración a la ciencia- y por respeto a la memoria histórica de la comunidad a la que pertenecieron; y en una urna de madera, los restos de Ramon Vila Capdevila, que fueron exhumados y analizados con el máximo rigor científico, antes de ser inhumados de nuevo.

Las aportaciones plásticas

Otra de las intenciones iniciales del proyecto fue aportar atractivos al cementerio ajenos a las pasiones o a los recuerdos, que ayudaran a matizar la inevitable aridez de una ruina destinada a un fin funerario y que colaboraran en revitalizar el pueblo, objetivo primordial para el Ayuntamiento, como ya he dicho. Para ello, como años atrás en el caso de la azotea del Palacio Güell de Barcelona, contamos con el arquitecto y pintor Domingo García-Pozuelo Asins, sugiriéndole un lugar susceptible de recibir una obra suya, el antiguo balcón de la casa del cura, el que los sucesivos párrocos debieron de utilizar tantas veces para contemplar la montaña de Montserrat y desde el que sin duda iban a hacerlo cuantos visitantes tuviera a partir de ahora el cementerio. En respuesta a la invitación, el artista murciano residente en La Rioja diseñó una escultura a manera de dos puertas balconeras entreabiertas que permiten la contemplación matizada de la montaña y, desde fuera, insinúan al espectador la presencia del rector todavía en aquel espacio. La idea se materializó finalmente en dos bloques de mármol blanco de Macael, de diferente altura, dispuestos en ángulo, y la escultura se bautizó como "El balcón de Montserrat".

Otro elemento esencial de las previstas aportaciones artísticas al cementerio fue el ángel que, a imagen y semejanza del que dispusieron Domènech y Llimona en Comillas, debía presidir el espacio. Fue fácil elegir el lugar que tenía que ocupar el nuestro: una esquina de la ruina, encarada hacia el paso de acceso a uno de los recintos, una posición similar a la del ángel comillano. Fue menos fácil decidir el carácter de ese ángel. Tratándose en nuestro caso de un cementerio municipal, no confesional, creímos que la escultura no debía asociarse a la religión, aunque fuera capaz de expresar un mensaje espiritual (que no es patrimonio exclusivo de aquélla).

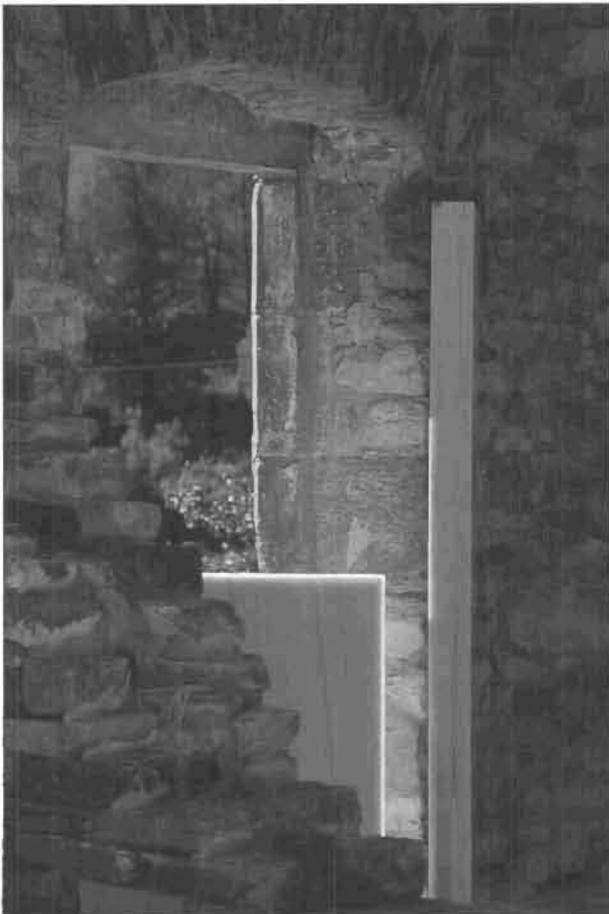
Reprodujimos el monolito negro protagonista del film *2001: a space odyssey*, de Stanley Kubrick. Un monolito (de proporciones 1:4:9, los cuadrados de 1, 2 y 3), símbolo genuino del misterio, de lo desconocido; metáfora de la ascensión, global o personal, a un segundo nivel de percepción; símbolo de la sinergia entre el mensaje vigente de los ausentes y el trabajo y la esperanza de los presentes; símbolo del amor y de la paz como únicas salidas futuras a una historia basada en el odio y la violencia, valores que el propio monolito, alegóricamente, propiciaría en su segunda aparición cinematográfica. Y, sobre todo, puerta simbólica (cerrada o abierta, según la mirada y las creencias de cada uno) entre el mundo de los vivos y el de los muertos. Por ello, el espacio



Segundo recinto de nichos y puerta de acceso al segundo piso. Foto: MBS, 1999.



Muro del siglo X, con restos de "opus spicatum", y lagunas tratadas con piedra. Al fondo, la torre que contiene la sepultura colectiva. Foto: MBS, 1999.



Segundo nivel. La escultura "Balcón de Monserrat" de Domingo García-Pozuelo. Foto: MBS, 1999.

inaccesible en el que se colocó el monolito, de granito negro de Sudáfrica, se cierra con una mampara metálica coronada por la frase "La porta entre dos mons" (la puerta entre dos mundos).

El recorrido interior

El acceso al recinto se produce junto al muro norte, el más antiguo, contiguo al cual se dispuso un pavimento de piedra



Iluminación nocturna del conjunto (la luz emerge del interior recortando el perfil de un envolvente oscuro). Foto: MBS, 1999.



Nichos del primer recinto; al fondo, nichos del segundo recinto. Foto: MBS, 2000.

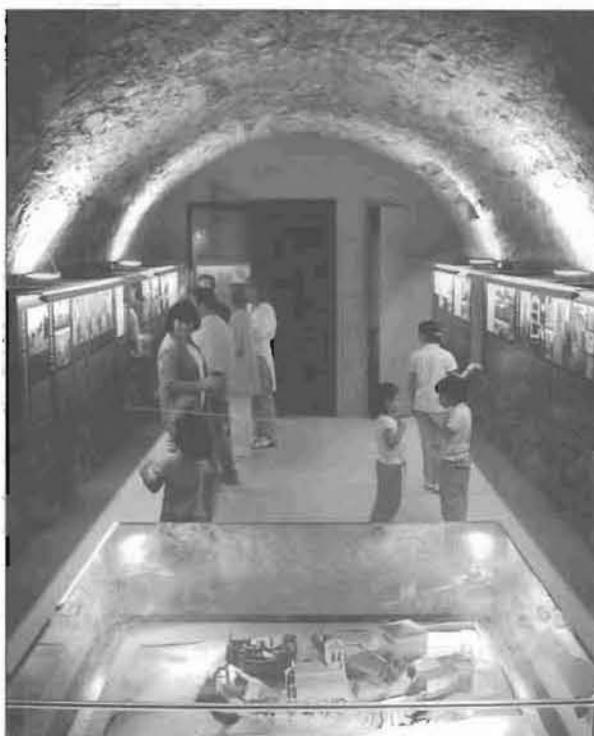
para facilitar la circulación de las comitivas, cuando éstas vienen de la iglesia, pasando bajo el arco que sostiene el antiguo paso de comunicación entre la rectoría y la iglesia. La puerta, de dos hojas, es metálica, como otra reja próxima que cierra el recinto, alineada con ella. Ambas se coronan con



Interior. Primer recinto de nichos. Foto: MBS, 2000.

letras que forman la leyenda "Castellnou. Cementerio municipal". Una vez cruzada la puerta, a la izquierda se abre una pequeña plaza abierta al paisaje y cerrada al norte por la torre que contiene la sepultura colectiva. Para facilitar el disfrute de ese paisaje, junto a un muro en planta de C, coronado como los demás muros de nueva planta con encintado de hormigón cepillado, se colocó un banco de acero inoxidable, el Banco Catalano, ideado por Óscar Tusquets y Lluís Clotet hacía 25 años. Junto al banco se plantó uno de los tres cipreses que señalan un triángulo virtual.

Bajo la plaza, aprovechando el desnivel del terreno y dos muros paralelos de contención de tierras, se dispusieron cuatro enterramientos con cuatro departamentos cada uno. Las lápidas que los cubren, de granito Juparana de la India, son horizontales, pero, por el desnivel del pavimento para su desagüe, parecen estar inclinadas. Entre las lápidas y el muro-banco que cierra la plaza por levante se pueden depositar las ofrendas correspondientes a estas sepulturas. Ese muro tiene dos tramos de diferente directriz. Entre ellos discurre el sistema de recogida de aguas pluviales, una gran gárgola consistente en un elemento horizontal de mármol blanco de Macael, a modo de alfombra en el interior del recinto, ligeramente pendiente hacia fuera, y otro vertical, exterior, que separa los dos tramos de muro, por el que resbala el agua al caer hasta llegar a un tercer elemento horizontal que la



El pequeño local-museo con la maqueta del conjunto, los plafones informativos y los materiales arqueológicos. Fotos: MBS, 2000.

disemina en el terreno. Sobre la arista de encuentro de los dos primeros elementos, un cubo de mármol blanco cierra el espacio, permitiendo una ranura el paso del agua recogida por la alfombra. Bajo una parte de ésta está situado un osario común.

A través del arco gótico que fue liberado en el curso de las obras, se entra a ese otro recinto, subdividido en dos, en el

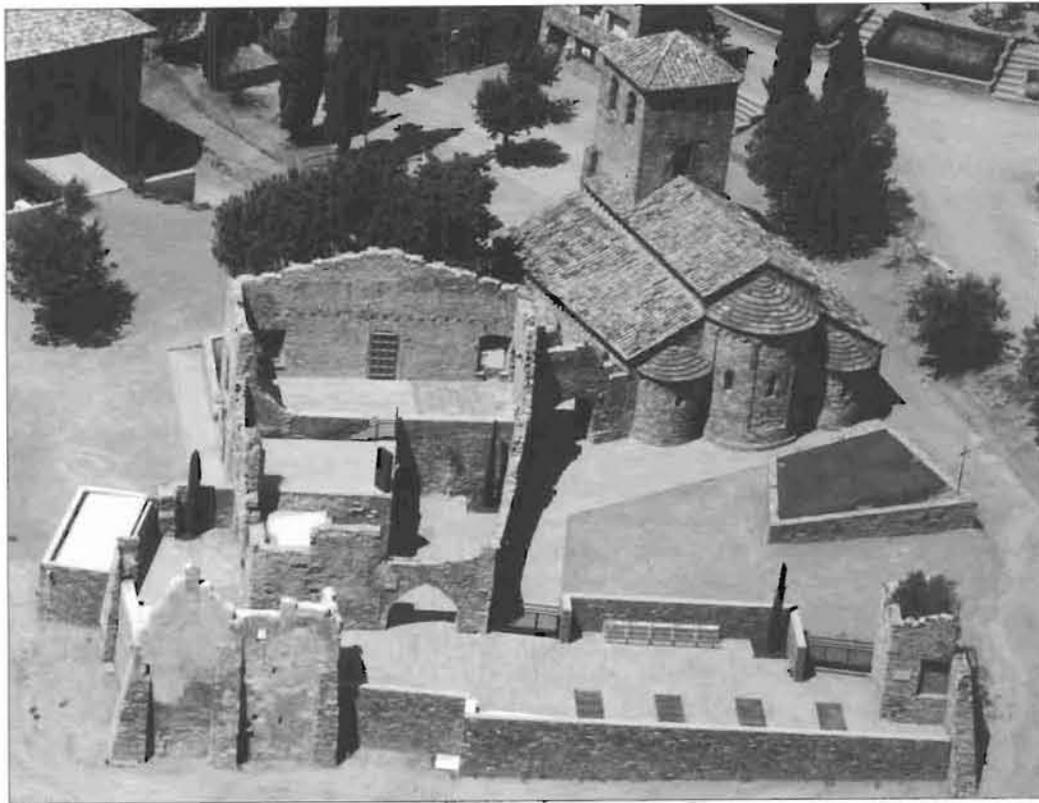
que se han dispuesto dos conjuntos de nichos. Uno de seis, en dos pisos de tres, bajo los restos de la bóveda del que fue vestíbulo de la casa rectoral, y el otro de doce nichos, en tres pisos de cuatro, en un espacio contiguo. El muro que cierra este recinto por el norte es el que contiene los restos de *opus spicatum* datados en el siglo X.

A mediodía de la plaza de acceso se abre otro pequeño espacio franqueado por dos conjuntos más de nichos. En el lado este, apoyado en el trasdós de la fachada de la casa rectoral, un conjunto de tres pisos de seis nichos; y en el lado sur, cercado por un muro de nueva construcción, un conjunto de dos pisos de seis nichos. Frente a este conjunto se halla la antigua puerta de acceso al vestíbulo de la casa rectoral. Para matizar la literalidad volumétrica y la cara trasera del bloque de nichos situado bajo esta bóveda, el espacio de paso hacia la escalera que lleva al segundo piso desde ese vestíbulo se cierra con un muro inclinado de mármol blanco. El resplandor que produce ese muro (que recibe la luz de mediodía a través de la puerta sin hoja) crea un clima especial que propicia un cambio de actitud del visitante en su tránsito entre la planta baja, en la que se encuentran todas las sepulturas, y la planta alta, lugar descubierto, abierto a los paisajes, concebido como lugar de reposo, oración o reflexión.

El segundo piso se subdivide en dos espacios abiertos y descubiertos. El primero es inaccesible, por motivos de

seguridad y por respeto a los nichos situados bajo la bóveda en que se asienta. En él se halla el monolito negro. En el otro espacio, protegido hacia poniente por la única fachada de la casa que queda en pie, se han ubicado un columbario para urnas de cenizas y la escultura de García-Pozuelo. Bajo esta terraza accesible se halla un espacio abovedado en el que se ha dispuesto un pequeño "museo" que ilustra sobre la historia del lugar y en el que se exponen los materiales arqueológicos hallados en el curso de las obras y una maqueta del conjunto. Este espacio tiene entrada independiente a la del recinto funerario, conectada con la de éste y con la de la iglesia mediante un pavimento de piedra arenisca de Solsona que rodea también algunos antiguos espacios funerarios parroquiales.

El nuevo equipamiento se inauguró el 7 de julio del año 2000. Para celebrarlo se organizó un concierto que el público siguió desde fuera del recinto. Junto al monolito negro, el flautista Anton Serra interpretó obras de Bach, cuya muerte hacía 250 años se conmemoraba entonces. Mientras el sol se fue ocultando, el monolito, gracias a la iluminación artificial, mantenía su presencia bañado por la luz que emerge del interior de la antigua casa rectoral (símbolo de la vida que allí hubo siempre hasta su destrucción y en homenaje a los difuntos que ahora reposan), y que recorta contra el cielo el perfil de los muros arruinados, ahora resignificados.



Vista aérea del conjunto del cementerio y la iglesia románica de Sant Andreu. Foto: "Paisajes Españoles", julio de 2000.

Ficha Técnica

Municipio: Castellnou de Bages (Barcelona)

Obra: Nuevo cementerio municipal. Promovida por el Ayuntamiento y realizada por el Servicio de Patrimonio Arquitectónico Local de la Diputación de Barcelona

Fecha: 1997-2000

Trabajos de investigación histórica :

Investigación documental y artística: Raquel Lacuesta, Anna Castellano, Anna Micaló. *Dirección de la excavación arqueológica:* Alberto López Mullor, Àlvar Caixal. *Arqueólogos colaboradores:* Javier Fierro, Joan García Targa, Marta Pujol Masip. *Antropología física:* Marta Pujol

Proyecto y dirección de obra:

Arquitecto: Antoni González Moreno-Navarro. *Arquitectos colaboradores:* Eugenia Vidal, Joan Closa, Josep Rovira. *Aparejadores:* Jaume Bassas, Arcadio Arribas. *Constructor:* Xavier Vall Vall.

Museización:

Guión: Antoni González. *Interiorismo:* Olga de la Cruz. *Diseño gráfico:* Quim Boix. *Fotos:* Montserrat Baldomà. *Dibujos:* Txetxu Sanz, Maite Gómez. *Infografía:* Jordi Grabau *Maqueta:* Anna Álvaro

* * *